



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

Hacia una caracterización del fenómeno
peronista.

Fascismo y populismo, continuidad y ruptura.

Towards a characterization of peronist
phenomenon.

Fascism and populism, continuity and rupture.

Autor/es

Jaime Moro Burro

Director/es

Julián Casanova Ruiz

Facultad de Filosofía y Letras / Grado en Historia

2018

Resumen:

El peronismo, fenómeno político y social acontecido a inicios de la Guerra Fría, dividió a la sociedad argentina entre dos mitades irreconciliables, y marcó el devenir histórico de la Argentina hasta la actualidad. Fruto de su ambigüedad ideológica, su combinación de sentimiento y pragmatismo, y su fuerte carácter sagrado, ha suscitado desde su surgimiento numerosos debates académicos acerca de su caracterización.

En este trabajo recogemos las principales líneas interpretativas del fenómeno peronista, centrando el debate en las categorías fascismo y populismo. Atendiendo a elementos de ruptura y continuidad, subrayamos los factores que dificultan su clasificación, nos centraremos a los aciertos y limitaciones de cada categoría conceptual con el objetivo de reconducir el debate. Dilucidaremos, al fin, los rasgos generales que ayuden a su interpretación y comprensión.

Palabras clave: Peronismo, Fascismo, Populismo, Argentina, Guerra Fría

Abstract:

Peronism, political and social phenomenon that takes place at the beginning of the Cold War, divided Argentinean society between two irreconcilable halves and marked the future of Argentina to the present. Because of its ideological ambiguity, its combination of feeling and pragmatism, and its sacred nature, it has provoked since its apparition a large number of academic debates about its characterization.

In this work we gather the main interpretative axes of the peronist phenomenon, as we focus the debate around the categories of fascism and populism. While we deal with elements of rupture and continuity, we underline the crucial aspects that difficult its classification, as we identify the hits and limitations of each conceptual category, in order to redirect the debate. At last, we will elucidate the distinctive traits which could be useful to its better interpretation and understanding.

Key words: Peronism, Fascism, Populism, Argentina, Cold War

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	1
2. OBJETIVO Y METODOLOGÍA	2
3. MARCO TEÓRICO	4
3.1 Ejes interpretativos del peronismo	4
3.2 Consideraciones sobre el populismo	9
4. DISERCIÓN ENTRE LOS ELEMENTOS DE CONTINUIDAD ADAPTADOS Y LOS ELEMENTOS RUPTURISTAS	13
4.1 El continuismo.....	13
4.1.1 La ideología peronista: el justicialismo.....	14
4.1.2 Modelo de llegada.....	17
4.1.3 Aspectos continuistas en la realización política	19
4.2 La verdadera ruptura.....	20
4.2.1 El liderazgo: conductor y conducidos.....	21
4.2.2 Nueva forma de entender la democracia	24
4.2.3 Los factores míticos del movimiento	26
5. CONCLUSIONES	30
6. BIBLIOGRAFÍA	33
7. ANEXOS	Error! Bookmark not defined.

1. INTRODUCCIÓN

El peronismo, en tanto doctrina política y movimiento social, protagonizado por la pareja formada por Juan Domingo y Eva Perón, dividió desde su aparición a la sociedad Argentina en dos mitades irreconciliables, peronistas y no peronistas. Bien como desvío histórico y distorsión de lo que debería ser la política argentina, bien como discurso panegírico redentor de las clases populares, la tensión peronismo-antiperonismo penetró profundamente la sociedad argentina, imprimiendo su huella en todos los aspectos de '*lo argentino*', llegando a identificarse con ello irremediabilmente.

Reivindicado por sucesivos presidentes tras la muerte de su creador, el peronismo ha pervivido como amalgama de partidos políticos hegemónicos argentina hasta la actualidad, identificándose con diversos grupos sociales, y jugando con todos los lados del espectro ideológico. Desde su aparición será fruto de numerosas polémicas y debates, tanto en el campo político, social, cultural y académico.

Se desarrolló en un contexto histórico mundial complejo, dinámico y cambiante, el final de la II Guerra Mundial y los inicios de la Guerra Fría, con un líder perfectamente adaptado a las circunstancias con una combinación perfecta entre idealismo y pragmatismo. Así, muchos han sentido la necesidad de encasillarlo en etiquetas conceptuales abstractas con el fin de comprender su complejidad desde diversos puntos de vista. Mediante el uso de calificativos como bonapartismo político, caudillismo o movimiento nacional-popular, concordamos con Reein (1998), en que "las múltiples definiciones del peronismo con frecuencia han desvirtuado su propia esencia" (Reein, p. 19).

Conscientes de la dificultad de clasificación del fenómeno peronista, de los numerosos elementos del mismo que generan controversia en el ámbito académico, y de las limitaciones de cualquier etiqueta conceptual convenimos en partir de una premisa muy básica para su análisis, considerando inútil "caracterizar dicho movimiento como una mera aberración o anormalidad cuando se trata, en cambio, de un objeto político completamente sublunar, por lo tanto comprensible" (Cucchetti, 2012, párr. 15).

2. OBJETIVO Y METODOLOGÍA

Partiendo de la imposibilidad de incluir al fenómeno en una etiqueta de análisis, el objetivo de este trabajo será orientar el debate interpretativo sobre el denominado *peronismo clásico* (1943-1955), correspondiente con el proceso de llegada del general Juan Domingo Perón a la Presidencia de la República Argentina y sus dos primeros mandatos presidenciales, delineando los elementos claves de mismo y los enfoques con los que se ha venido analizando, señalando sus aciertos y limitaciones, con el objetivo último de delinear los rasgos generales que permiten identificar al fenómeno.

Mediante el análisis de las numerosas opiniones vertidas sobre el peronismo, realizamos una agrupación de líneas interpretativas que confluyen en torno a las etiquetas socio-históricas 'fascismo' y 'populismo'. Atenderemos a los diferentes aspectos y valoraciones que cada una a hecho del peronismo, en torno a elementos teóricos y prácticos, o, como veremos, continuidades y rupturas.

Tras la exposición de los elementos en los que se ha centrado cada paradigma, se expondrán sus limitaciones y aciertos principales, delimitando un tercer eje interpretativo que, en nuestra opinión, como se expondrá, es el más acertado para la visión global que aquí se quiere desarrollar.

Para completar la base teórica nos detenemos en un breve análisis del concepto populismo. Realizamos algunas consideraciones respecto a su utilidad para el análisis social e histórico, además de estudiar hasta qué punto se ha relacionado con conceptos como democracia o dictadura.

En un primer apartado, atendiendo fundamentalmente a los aspectos teóricos e ideológicos del peronismo analizaremos los aspectos que consideramos continuistas, así como su adaptación en la práctica, intentando intuir adaptaciones, oportunismo o degeneraciones.

Nos centraremos principalmente en la figura de Perón, su concepción de la política, la ideología justicialista, su modelo de llegada y realizaciones del régimen claramente continuistas. Así, nos valdremos de aspectos discursivos del conductor, con los estudios de Sigal (2010), de testimonios acerca de su

personalidad y aspectos biográficos, y de un marco ideológico en el que encajarlo, con aportaciones generales de autores tan variados como Karl Popper (1945), Federico Finchelstein (2008) o Loris Zanatta (2014).

A continuación, en la segunda parte, procederemos a analizar los elementos verdaderamente rupturistas que comportó el régimen peronista, que situaremos en torno a la concepción social del mismo, analizando la concepción del liderazgo y su relación con las masas así como sus prácticas democráticas, que confluirán en los factores míticos del movimiento, el 17 de octubre, y la figura de Evita.

Hemos utilizado para este segundo apartado aportaciones teóricas de la sociología, como la categoría pueblo de Laclau (2005), el denominado liderazgo populista de Freidenberg (2007), quizás único punto vertebrador de todo el régimen, o el análisis funcional del régimen de Waldmann (1974), que entiende el régimen como solución para una 'crisis nacional', además de las locuaces y significativas reflexiones de Evita.

Finalmente, en los anexos recogemos dos documentos que encierran la esencia del movimiento peronista en primera persona. El discurso del 17 de octubre de 1945, como se expondrá en el trabajo, supone el origen simbólico del movimiento, por lo que nos muestra el cariz rupturista del fenómeno. Por su parte, las denominadas 'veinte verdades peronistas', enunciadas por Perón durante el tercer aniversario del 17 de octubre, conforman la columna vertebral del entramado ideológico del fenómeno; plasmarán por ende la naturaleza continuista del fenómeno.

3. MARCO TEÓRICO

3.1 Ejes interpretativos del peronismo

A lo largo de todas las interpretaciones y aspectos estudiados del fenómeno, son distinguibles claramente dos ejes conceptuales de interpretación, muchas veces poco definidos y ligados a la subjetividad.

Identificamos un primer eje en torno a las etiquetas 'fascismo', ligado a los elementos que permiten establecer una continuidad histórica y a una valoración negativa y antidemocrática del mismo. La segunda línea interpretativa, enmarcada en la etiqueta 'populismo', viene ligada los aspectos rupturistas del fenómeno. Esta delimitación encierra más complejidad y supone una mayor dificultad a la hora de establecer una definición, ya que se retroalimentan visiones positivas y negativas inherentes a la etiqueta 'populismo', en relación al etiqueta 'democracia'.

El eje fascista o continuista se fundamenta en rasgos supuestamente compartidos con las experiencias europeas, intentado buscar así una especie de 'fascismo vernáculo', con una tendencia a observar la matriz antidemocrática del fenómeno.

La identificación empezaría desde la elección presidencial de 1946, la cual aportó la legitimidad al peronismo con el triunfo de su líder de manera democrática. Vendrá de mano de la coalición de sus opositores políticos, con la anomia 'democracia' vs 'nazifascismo', términos que "se cargaron en la política y en la sociedad de la época, de un contenido altamente emotivo y fueron utilizados como armas de combate para descalificar al adversario o prestigiar las propias posiciones" (Barco, 1983, p. 16), por características similares a simple vista y aun en el periodo de la guerra. Entrarían también la mayor parte de los intelectuales de renombre, entre los que destaca Borges.

También encontramos en esta línea a autores que aluden a hechos concretos, como Marcus Aguinis (2001), que recalca ciertas similitudes ideológicas de las verdades peronistas con la doctrina nazi del *Mein Kampf*, o hechos como el asilo ofrecido a multitud de dirigentes nazis, o Sebreli (1966), que apela a

escritos de intelectuales cercanos al peronismo como Raul Scalabrini, el cual publicó sus primeros artículos en el periódico nazi *Francoferter Zeitung* en 1933.

Entrarían también en este eje diversos teóricos 'genéricos' del fascismo, entre los que distinguimos diferentes grados de encaje en la etiqueta, desde una perfecta adecuación a la misma a la aceptación ciertos rasgos básicos troncales. Así, Carlos M. Rama (1979), sostiene que "entre las experiencias fascistas mundiales se debe incluir al peronismo argentino, realmente el único de los movimientos latinoamericanos que alcanzó el poder político y consiguió el control de un Estado" (p. 18).

Autores intermedios como Seymour Martín Lipset (1964) declararán que si se considera al peronismo como una variante del fascismo, ha de ser "un fascismo de izquierda" que posee "una ideología del estado fuerte, totalmente similar a la abogada por Mussolini" (Lipset, 1964, pp. 152-155), o Milza (1985), con su calificación de *fascisme de gauche* (pp.532-534). En un tercer grado, distinguimos autores que sin etiquetarlo como fascismo por el carácter eminentemente europeo que entraña el término no pueden negar su parecido, así, Renzo De Felice (1979) entiende que "es inaceptable que se hable de fascismo [...] a propósito del peronismo argentino que, sin embargo, podría ser el más parecido" (p. 102).

Todas las limitaciones e indefiniciones que enmarca la categoría 'fascismo' para el peronismo quedan elocuentemente definidas por Paxton en su obra *Anatomía del fascismo* (2004), quien considera que evaluar las dictaduras latinoamericanas desde la óptica del fascismo es "una empresa intelectual peligrosa", ya que en el peor de los casos, puede convertirse en un "ejercicio vacuo de etiquetaje" mientras que por otra parte puede ayudarnos a "hacer más precisa nuestra imagen de los fascismos clásicos" (p. 230).

El segundo eje de interpretación, que situamos siempre en torno a la categoría 'populismo', ha sido sin duda el más prolífico y adaptable. Empezaría con la temprana constatación de una relación sutil y compleja con la democracia y viene desarrollado fundamentalmente por el campo de la sociología y la politología, que han querido utilizar o enmarcar el fenómeno de acuerdo a sus características funcionales o estructurales. Ratificamos que se apoya en los

elementos rupturistas y novedosos del régimen, frente a la continuidad histórica (de Ípola, 1991, párr. 8) bien sea realizando una interpretación positiva o negativo del mismo, pero siempre en torno a la matriz 'democrática'. Así, populismo y peronismo son términos que no han dejado de convivir en una duplicidad cargada de tensiones.

También aquí encontramos distintos grados y valoraciones en la etiquetación. En la búsqueda del populismo platónico, totalmente descontextualizado del plano espacio-temporal, y por ende del devenir histórico, encontramos a autores como Pierre-André Taguieff (2002), para quien el peronismo representa un "caso típico de nacional-populismo" que, entre otras cosas, alienta el mito de la '*nation organique*' (Taguieff citado en Hermet, 1997, pp.44-45), o Christian Buchrucker (1999), quien llega a calificarlo, sin desarrollar argumentos convincentes de "populismo autoritario" (p. 39).

Los aspectos aportados por esta línea de investigación también se debaten entre ruptura y continuidad, principalmente sobre si el sindicalismo peronista fue autónomo o no, y sobre si se trataba de obreros con conciencia política o eran inmigrantes del campo recién integrados (Cucchetti, 2012, párr. 15-24).

La línea más destacable es la de la denominada 'tesis de modernización', la cual realiza un balance completamente positivo del mismo. Se centra en los aspectos estructurales y funcionales del fenómeno, enmarcándolo contextualmente en un contexto común hispanoamericano de posguerra y de depresión de los años 30, "la expresión más completa de la irrupción de las clases populares en el proceso del desarrollo urbano e industrial de esos decenios y de la necesidad, sentida por algunos de los nuevos grupos dominantes, de incorporación de las masas al juego político" (Freidenberg, 2007, p. 53).

Se suele enfocar desde sus características de en el modernizador social y económico del país, aludiendo a su capacidad de atracción de las masas al espacio político, en el paso de un modelo oligárquico agroexportador hacia un modelo de desarrollo basado en la sustitución de importaciones (Ianni, 1975, pp. 15-21). Se da, por tanto, en sociedades paradas al borde de la

modernización, lo que conlleva un problemática en términos históricos, ya que después de la consolidación democrática no dejaba de existir.

La postura más complaciente y benévola viene de la mano del sociólogo teórico Laclau (2005), ideólogo de la rama más novedosa del peronismo, el 'kirchnerismo', el cual estudia el fenómeno populista global a partir de la experiencia del peronismo clásico. En una posición de identificación total con la democracia, declarando que constituye un "espejo de la democracia", y por tanto, "es la democracia misma" (Laclau, 2005, pp. 12-18). Así, mientras lo analiza desde una óptica discursiva, lo entiende como otro tipo de lógica política en el que se da un liderazgo vertical en contexto de relaciones amigo-enemigo.

Declara que "el populismo consiste en la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante" (Laclau, 2005, p. 30). Esta es una articulación discursiva en la cual un significante vacío (el pueblo, y para el caso en cuestión, Perón), logra articular una diversidad considerable de intereses sociales. Aporte interesante, ya que trasciende por vez primera las simplistas explicaciones europeas, calificándolo de elemento contra la dominación.

Encontramos una tercera línea de autores que, englobándolo dentro del concepto populismo, se distancian de las connotaciones puramente teóricas y abstractas que este conlleva, y admiten claramente su relación histórica con el fascismo, que funciona, de alguna manera, de solución salomónica entre las dos etiquetas. Lo califican de "respuesta posfascista específica al fascismo, al que reformuló radicalmente" (Finchelstein, 2008, p. 50).

Esta línea interpretativa, rescatada en la actualidad, es rastreable también desde el surgimiento del peronismo clásico, de mano del teórico Gino Germani quien, tras calificarlo de fascismo por su experiencia personal en la Italia de Mussolini, advierte sus parecidos totalitarios. Lo denominará tanto un caso del fascismo como un caso típico de "movimiento nacional-popular", categoría nueva (Germani, 1962, p. 157).

Tal es el caso también de Halperin Donghi, célebre estudioso de historia latinoamericana contemporánea, quien lo considera un régimen novedoso de “democracia plebiscitaria”, advirtiendo una relación ambigua con el fascismo y subrayando la necesidad de recurrir a análisis históricos y comparativos. De este modo llega a proclamar que “si el ejemplo del fascismo no pudo darle una orientación concreta al movimiento peronista, al menos contribuyo en gran medida a desorientarlo” (Donghi, 1995, p. 30-45).

Por su parte Hobsbawn advierte que “los líderes latinoamericanos tomaron del fascismo europeo la deificación de los líderes populistas con una reputación de hombres de acción, pero las masas a las que pretendían movilizar (...) no eran las que tenían miedo de perder algo, sino las que no tenían nada que perder” (Hobsbawn, 1994, p.133).

Entre los estudiosos concretos del fenómeno resaltamos a Waldmann (1985), que sentencia que es indudable que la persona y el estilo de gobierno de Mussolini ejercieron una “considerable influencia” sobre Perón e imprimieron a su gobierno “características que provienen innegablemente del modelo italiano”. Sin embargo, no debe sobrestimarse “la influencia de éste u otro sistema fascista europeo sobre el peronismo” (pp. 52-53).

Los autores que están perfeccionando esta línea interpretativa en la actualidad, y en los que más nos apoyamos para las conclusiones de este trabajo son Federico Finchelstein (2017) y Loris Zanatta (2014). Así, Finchelstein (2008) constata que el peronismo “invierte los términos de la ecuación fascista, distanciándose de los modelos fascistas, y se convierte en una ideología *sui generis* reformula el fascismo” (pp. 90-91). El autor hace una distinción muy clara entre régimen y conductor, no siendo el peronismo un caso de fascismo, “pero sí la mentalidad de Perón” (Fichelstein, 2008, p.107).

Zanatta (2014), por su parte, aboga por “interrogarse acerca de la naturaleza más íntima y profunda del peronismo, de sus fundamentos antropológicos y de sus horizontes ontológicos” (p. 208). De este modo, el peronismo revestiría una noción esencialista de pueblo, semilla de todo totalitarismo (p. 210), que trasluce si procedemos a indagar en los elementos culturales, antropológicos e institucionales.

3.2 Consideraciones sobre el populismo

Una vez expuesta la línea interpretativa populista y sus diversos enfoques, consideramos importante fijarnos en ciertos aspectos del propio término 'populismo', tanto en lo referido a su utilidad como análisis sociopolítico e histórico y sus posibles enfoques.

Actualmente en boga por el contexto de crisis de la democracia en Occidente, nos hallamos ante un concepto asociado a una gran dosis de carga peyorativa e indefinición conceptual que sirve de '*passe tout*'. A este respecto se han enumerado una serie causas que impiden su aplicación metodológica, tales como son su vaguedad, ambigüedad, estiramiento del término o la intencionalidad con la que se nombra (Freidenberg, 2007). De hecho, autores como Rancière (1996) consideran inútil la etiqueta como análisis social, y argumentan que sirve para atacar y no para analizar (Reano, 2014).

Por su parte, otros estudiosos, sin ser más radicales, también desconfían de su utilidad. Jean Comaroff (2013) dictamina que sirve para marcar diferencias y no para denotar un contenido. Además, argumenta que su sentido depende mucho del punto de vista desde el cual se utiliza, y aboga por su utilización para fines analíticos y normativos (Comaroff, 2013, p. 177).

También encontramos al respecto propuestas que pasan por una definición minimalista llegando a dar una definición básica. Mudde y Kaltwasser (2017) optan por calificarlo como cualquier proceso que divide a la sociedad en dos, y proponen tres enfoques complementarios para su análisis: empirista, periodo histórico y lectura sintomática del pueblo (Mudde, 2017, pp. 13-17).

Encontramos en este sentido sumamente útiles las llamadas de atención efectuadas desde el campo historiográfico. Isaiah Berlin (2010) advierte de la inutilidad de la búsqueda del 'populismo platónico' y de su 'complejo de Cenicienta'. En el mismo sentido advierte Burdman (2009), "mientras que un enfoque puramente historiográfico priva a las ciencias sociales de las valiosas categorías de análisis que el estudio de un fenómeno como el peronismo puede brindar, una teoría del populismo apartada de las especificidades históricas del fenómeno que busca explicar, corre el riesgo de convertirse en una mera construcción abstracta de escaso valor empírico" (párr. 4). De esta

manera, mientras la sociología teórica investiga el fenómeno para avanzar en la propia categoría de populismo, la historia social se centra en las particularidades del movimiento.

Encontramos algunas propuestas interesantes de aplicación con teóricos que recurren a uso combinado de aspectos teóricos y prácticos, que aluden a una perspectiva histórica del populismo, como la mexicana Federica Freidenberg (2007) o Alan Knight (1998), quienes para no caer en teorías pretenciosas, proponen centrarse en una forma de liderazgo concreta a lo largo del tiempo (Freidenberg, 2007, p.25).

Así, la investigadora mexicana estudia el populismo en tres ámbitos interrelacionados: la presencia del líder, cómo es percibido por los seguidores y el contexto en el que se produce. De este modo, encontramos útil clasificar teóricamente al peronismo como populismo en tanto que un “estilo de liderazgo basado en fuerte dosis de carisma, una alta dosis de personalismo y la ausencia de referentes organizativos que mediaran la relación con sus seguidores” (Freidenberg, 2007, p. 14).

Otros análisis históricos exhaustivos dignos de renombre serían los Margaret Canovan y Pierre Rosanvallon, quienes rastrean el populismo por toda la historia como dimensión constitutiva de las tensiones de la democracia. Mantienen una visión sustancialmente eurocéntrica, llegando a calificar al peronismo de dictadura sin especificar el por qué.

Ya advertida la conveniencia práctica de considerar al populismo integrado en el proceso histórico y espacial, aceptamos enmarcar al peronismo en la categoría ‘populismo clásico’ según el esquema del politólogo Paul Drake (1982), quien distingue entre populismo temprano, clásico y tardío. Siguiendo las directrices de los teóricos de la modernización, los cuales lo caracterizan por el “agotamiento del modelo de desarrollo agroexportador potenciado con la crisis económica de 1929 y la crisis del régimen oligárquico, e importantes transformaciones sociales, culturales y económicas, ocasionadas por el proceso de urbanización” (Freidenberg, 2007, p.).

Además, lo combinan con modelos teóricos que explican la llegada del líder populista, como una situación de crisis en la cual se genera la 'oportunidad' para la aparición de los líderes populistas al no poder solucionar la situación social los oligarcas (Tarrow, 1997, p. 49).

Una vez tratados los problemas definatorios y teóricos de la categoría populismo, y la conceptualización del 'populismo clásico', podemos reseñar también la disputada y compleja relación entre populismo en relación a democracia y dictadura, ya que, según autores, será considerado por algunos como elemento democratizador o lastre para la democracia. Esta problemática estibaría en el concepto mismo de democracia, el cual puede entenderse de manera diversa, como afirma Fair (2010) en su artículo *El debate sobre el peronismo y la democracia*: "La que entiende a la democracia como un régimen político caracterizado por la vigencia de las garantías, derechos y libertades individuales propias de la llamada democracia liberal, y la que lo entiende como un sistema de gobierno que incluye socialmente las demandas insatisfechas de la mayoría de la población en un marco de igualdad" (párr. 20).

Así, de acuerdo a su segunda definición, serían características ciertas acciones de los líderes populistas, quienes sacan a la gente a la calle como hechos que 'democratizan la democracia' y crean expectativas en los seguidores aludiendo a que con esos actos están redimiendo sus derechos y sus posibilidades de inclusión (Álvarez, 1994, p. 24).

Definiendo la relación como de 'amor-odio', Freidenberg (2007) constata que la discusión no es sencilla porque "no existen consensos respecto al modo en que se da dicha relación". "Por una parte, se sostiene que el populismo ha atentado contra la democracia mientras otros la defienden como si fuera una parte constitutiva de ella" (p. 273). Encontraremos la oposición entre la concepción liberal y moderna de la política, y la versión comunitaria y corporativa, además de una asociación con la categoría de 'poliarquía', sistema político que se caracteriza, según Dahl (1971), por el libre acceso a la actividad política de todos los miembros de la comunidad sin excluir de los derechos de ciudadanía por razones de sexo, género, clase, lengua, religión o instrucción (Dahl citado en Freidenberg, 2007, p. 266).

Desde la perspectiva liberal, será entendido como una ‘aberración’, considerando que “el populismo quiere que el pueblo sea mediocre y cómplice; lo quiere fanáticamente agradecido, irracional, miserable (...) como el pueblo y el líder son la misma cosa, el líder hace lo que el pueblo quiere (dice) y el pueblo se lo cree (...) no hay más ley que la del pueblo (dice) y por tanto puede cambiarla o violarla cuantas veces se le ocurra” (Aguinis, 2004, p. 14).

En la otra cara de la moneda encontraremos autores fervientemente defensores de este, afirmándose que la "dimensión populista no es democrática ni antidemocrática: es un aspecto de una gama de culturas y estructuras políticas. Aunque a menudo se niegue, el populismo es compatible a todas luces con la democracia" (Worsley, 1970, p. 302), o directamente que “es un componente esencial de la democracia” (Canovan, 1999, pp. 4-6).

4. DISERCIÓN ENTRE LOS ELEMENTOS DE CONTINUIDAD ADAPTADOS Y LOS ELEMENTOS RUPTURISTAS

Dividiremos el cuerpo analítico del trabajo en dos partes, en consonancia con los objetivos y metodología expuesta. Así, podemos sintetizar que el primer campo de análisis, los elementos de continuidad y su adaptación circunstancial, girarán en torno a Perón, mientras que los elementos que devienen en una verdadera ruptura, se encontrarán en los elementos del régimen externos a Perón con los que este interacciona: Evita y las masas.

4.1 El continuismo

Para responder a hasta qué punto el peronismo se enmarca en una continuidad histórica y hasta qué punto podemos establecer conexiones con el devenir histórico de la Argentina y con las experiencias totalitarias europeas, fin último del primer eje interpretativo, estudiaremos el peronismo como idealización, como plan, como ideas, es decir, la figura de Perón y su contexto de aparición.

Encontramos conveniente para discernir cuánto hay de continuismo en la ideología peronista centrarnos en aspectos diversos como su complejo bagaje ideológico y sus atributos personales. Entre ellos resaltaremos su carisma, como atestiguan diversas fuentes, y además reflexionaremos sobre sus intenciones verdaderas, con el objetivo de distinguir factores continuistas que se presentan como rupturistas, y cómo estos se adaptan.

Creemos que los comentarios de James Bruce (1948), embajador de EEUU de la época, definen muy bien la dualidad del peronismo, que Perón siempre se encargó de asociar a su persona. “Desempeñaba con igual maestría ambos papeles, el de cabeza de la maquinaria estatal y el de líder plebiscitario, y no vacilaba en enfrentarlos por momentos (...) utilizaba con más frecuencia el guante de terciopelo que el puño de hierro. Por lo general se las arregla para obtener lo que desea, sin ningún esfuerzo aparente” (p. 275).

Además, asegura que “es un hombre de gran atractivo personal y utiliza su encanto cuando y como quiere. Cuando quiere impresionar bien a un visitante lo halaga con una atractiva sonrisa y lo hace sentir que todo lo que ha dicho es tremendamente importante” (p. 279).

Se presenta a la vez como benefactor y conductor de todos sin atarse a nadie, “insistía no solo en cultivar la vaguedad sino en glorificarla como una virtud” (Page, 1983, p. 45).

4.1.1 La ideología peronista: el justicialismo

Primero hay que entender la propia concepción de la política de Perón, de donde se derivará todo lo demás, autores como Waldmann (1974) han considerado que aquí estriba todo el problema de interpretación, un error de base. El pensamiento político de Perón se plasmará por él con un lenguaje llano, contundente y sin matices, sin embargo, sus posturas se sostienen en bases teóricas e históricas profundas. Coincidimos en identificar que la doctrina peronista de la ‘defensa nacional’, se centra sobre la idea de movilización general del pueblo en un sentido principalmente ideológico, antes que político o económico” (Benedini, 2007, p. 286).

Enmarcamos a Perón y su cosmovisión en la línea explorada por Finchelstein (2008 y 2018), una dilatada cosmovisión antiiluminista o preiluminista, tendiendo a la unidad de la sociedad, en una visión corporativista, que niega al individuo. Caracterizaríamos a esta línea de pensamiento con los conceptos de ‘sociedad cerrada’ o ‘tribu’ trazados en la ya clásica obra de la doctrina liberal *La sociedad abierta y sus enemigos* de Karl Popper (1945). De este modo, entenderá a la sociedad como un todo, como algo guiado por la intuición y el sentimiento común.

El mismo Perón gustará denominar a esto Comunidad Organizada en el libro homónimo, “un estado donde cada clase ejercita sus funciones en servicio de todo” (Perón, 1951, p 54). Asimismo, persigue dos elementos clave derivados de su mentalidad militar: la unidad y la armonía, que cristalizará con una combinación de nacionalismo y cristianismo.

La siempre buscada unidad holística de la sociedad antigua, encontrará un pilar clave en torno al nacionalismo, rastreado por Finchelstein (2008) como eje ideológico que decide todo el devenir histórico cultural de la Argentina hasta desembocar en la dictadura militar de los 70. En consecuencia, se opone a lo que considera “ideologías extrañas” y sus “falsos apóstoles que se introducen en el gremialismo para medrar con el engaño y la traición de las masas” (del

Campo, 1983). Se define como “un equilibrio entre el colectivismo y el individualismo, en busca del bienestar de la comunidad, que podría satisfacer tanto las necesidades espirituales como las materiales” (Page), donde sitúa su Tercera Vía.

La segunda fuente de donde bebe toda la doctrina peronista, mano a mano con el nacionalismo, será el catolicismo, con el objetivo claro de “encarar una reforma incruenta que, sin violencias inútiles, transformara la comunidad argentina, abiertamente liberal, capitalista y burguesa por imposición de sus metrópolis, en un socialismo nacional cristiano más a tono con las formas que el mundo comenzaba a vivir (...) ese es el punto de partida del Movimiento Justicialista.” (Perón, 1982, p. 174). Así adquiere el carácter de religión secular, claramente irracional y antiiluminista. “El peronismo es humanismo en acción (...) el peronismo se aprende, no se dice: se siente o no se siente. El peronismo es una cuestión del corazón más que de la cabeza” (Perón, 1982, p. 177).

De la conjunción de esas dos fuentes de pensamiento surgirán las tres ramas de dicho movimiento político, el denominado ‘justicialismo’, nombre que da a su propia doctrina en 1949 durante el Congreso Nacional de Filosofía, perfectamente personificadas en su propia persona. “Trabajadores: hace casi dos años dije desde estos mismos balcones que tenía tres honras en mi vida: la de ser soldado, la de ser un patriota y la de ser el primer trabajador argentino” (Perón citado en Freidenberg, 2007, p. 67). Se reluce la ya dicha concepción ‘totalista’ de la política.

Así, definimos su ideología en tres coordenadas: la soberanía política, la independencia económica y la justicia social, siempre en el marco de la doctrina social de la iglesia. (Freidenberg, 2007, p. 54). La doctrina encerrará un carácter ciertamente pragmático, con el objetivo de resolver los factores de crisis efecto de la etapa de crecimiento, que según Waldmann (1974) caracterizaría al contexto histórico argentino de los años 40 (p.56), pero también consistirá en una operación *marketing* político, con el objetivo de “colocar a la Tercera Posición en una perspectiva histórica que justificara su etiqueta de ideología” (Page). Así, Perón sentenciaba: “No, ni con unos ni con

otros, nosotros somos socialistas, pero socialistas nacionales” (Perón citado por Luna, 1969, p. 74). Con declaraciones como esta, el líder se situará en una tercera posición entre el socialismo soviético y el capitalismo americano.

Su descarado eclecticismo y pragmatismo, siguiendo la misma operación del *marketing*, se refleja claramente en su famosa frase: “No somos sectarios. Si hay algo del comunismo que vale la pena tomar, lo tomamos, los nombres no nos asustan. Si el fascismo, el anarquismo o comunismo tienen algo bueno, lo tomamos” (Perón citado en Buchrucker, 1987, p. 132).

Igualmente observamos que se desmarca tajantemente de la práctica fascista, declarando que el justicialismo “no respeta las formas, pero que trata de asimilar y de cumplir el fondo, es una manera efectiva, real y honrada de hacer cristianismo, por el que todos nosotros los argentinos sentimos una inmensa admiración (...) es una colocación ideológica que está en el centro, a la izquierda o a la derecha según los hechos. Nosotros creemos que no somos causa, sino apenas una consecuencia de estos hechos”. (Perón citado en Buchrucker, 1987, p. 140).

Dictaminamos que es perfectamente consciente de la nueva situación política, viéndose en una fase histórica en la que el fascismo está ya denostado, por lo que ha de reinventarlo, como apostillará Donghi en su obra *Argentina en el callejón*, declarando que “Argentina estaba lista para el fascismo, pero el mundo no”. (Donghi, 1995, p.24). De este modo, envuelto en un halo cristiano y nacional, burla la nueva dicotomía comunismo-capitalismo de la Guerra Fría, siempre apelando a la ‘argentinidad’ (Friedenberg, 2007, p. 84).

Concordamos en este respecto con lo expuesto por Burdman (2009) “Los símbolos quedan dispuestos de tal manera que el peronismo se constituye como una interrupción en la continuidad histórica, como algo totalmente novedoso. Pero esta apropiación simbólica requiere una operación adicional: la eliminación de las huellas de la misma apropiación” (p. 15). “Me ubiqué en Italia, entonces. Y allí estaba sucediendo una cosa: se estaba haciendo un experimento. Era el primer socialismo nacional que aparecía en el mundo. No

entro a juzgar los medios de ejecución, que podrían ser defectuosos. Pero lo importante es esto: un mundo ya dividido en imperialismos, ya flotantes, y un tercero en discordia”, declarará Perón en 1945 como recoge en su biografía Joseph Page (1984).

Toda esta ambigüedad intelectual, lejos de ser un inconveniente, casará con su camaleónica personalidad, indicando aquí también la unión inseparable de justicialismo y Perón. Se presenta como un hombre humilde, sonrisa abierta y compradora, pero constatamos que la clave última reside en que “poseía el don de adaptarse a cada situación, de encontrar el tono y los gestos que correspondían exactamente al estado de ánimo del pueblo”.

En lo que se refiere a llevar todas sus ambigüedades a la práctica, también demuestra su gran manejo de las situaciones, llevando a su favor toda incoherencia presente en su discurso, lo que Waldmann (1974) ha denominado ‘técnica de la incosecuencia’, como cálculo en la estrategia autoritaria (p. 78). Fraenkel (1969) se refiere a esto como ‘estructura dualista’ de los estados autoritarios, basada en estimular tensiones sociales e ideológicas para luego ser él mismo el estabilizador de la situación (p. 45).

Tras todo lo expuesto concluimos que el dualismo institucional e ideológico le da libertad de acción y manipulación, por eso no se decide claramente entre la línea de elementos constitucionales y liberales, y siempre navega entre “el modelo plebiscitario y centralista” (Waldmann, 1974, p. 86).

4.1.2 Modelo de llegada

A continuación consideramos oportuno para establecer más adaptaciones de las continuidades echar un vistazo al contexto de llegada de Perón al poder, tanto históricamente, como la propia concepción de Perón del mismo. Argentina venía de lo que se ha denominado *l’age d’or* (Ramos, 1965, p. 700), época del crecimiento hacia afuera, 1880-1930, caracterizado por el desarrollo demográfico y económico rápido, estabilidad institucional y movilidad social. Será en la etapa de llegada al peronismo donde se manifiestan las consecuencias negativas de toda la etapa, de las que Perón es plenamente consciente.

En la situación política Considerará que solo se puede hacer una revolución social desde arriba y que todos los problemas nacionales aparecidos al calor de la crisis solo podían surgir del ámbito político (Waldmann, 1974, pp. 25-27), aprovechando así el contexto político propicio, lo que el teórico político Tarrow (1997) denominará la 'oportunidad política', teoría desarrollada en su libro *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*.

Vemos la concepción católica de la doctrina en el trasfondo de lo que Sigal y Verón (2010), con su obra clásica sobre el análisis del discurso peronista han denominado 'modelo de llegada', cargado de providencialismo, en la que la propaganda enmarcaba su figura como la de "el hombre", el único que podía ayudar a los trabajadores y a los "humildes" (p. 23-26).

Lo enmarcamos en una política moralista y maniquea encima de las instituciones representativas, donde advertimos claramente una clara continuidad en la tradición hispánica del 'cirujano de hierro', con la misma concepción de la situación política de Joaquín Costa, que definirá al modelo liberal como el "gobierno del país por una minoría absoluta, que atiende exclusivamente a su interés personal, sacrificando el bien de la comunidad". (Costa, 1901, p. 5).

Observamos pues que describe deliberadamente su llegada a la arena política como una ruptura total. Se presenta como un *outsider* de la política, característica que observaremos en cualquier movimiento populista (Freidenberg, 2007, p. 140). Así, llegando desde un exterior simbólico, desde el cuartel, como redentor y padre, Perón constata la "inaceptable contradicción entre el carácter de argentinos y la situación en la que estos se encuentran. Bajo la mirada de Perón, los trabajadores se descubren como argentinos" (Sigal, 2010, p. 54).

Mejor escenificado en palabras de la propia Evita, en las que advertimos el requerido barniz de épica rupturista: "se repitió aquí el caso de Belén, hace dos mil años; los primeros en creer fueron los humildes, no los ricos, ni los sabios, ni los poderosos. (...) los pobres, lo mismo que en Belén, viven y duermen al aire libre y las ventanas de sus almas sencillas están casi siempre abiertas a las cosas extraordinarias" (Perón, 1951, pp. 34-35).

Encontramos convenientes las propias palabras de Perón al respecto: “El país estaba solo. Marchaba a la deriva sin conducción y sin rumbo. Todo había sido entregado al extranjero. El pueblo sin justicia, oprimido y negado. Países extraños y fuerzas internacionales lo sometían a un dominio que no era muy distinto a la opresión colonial. Me di cuenta de que todo eso podía remediarse. Poco a poco advertí que yo era quien podía remediarlo”. “A mí me preparó la vida misma: mi hogar paterno, mi niñez en la Patagonia bravía, mi carrera militar, mi vida en la montaña, mis viajes por Europa... Todo eso me acostumbró a vencer. Vencer a la naturaleza es más difícil que conducir y dominar a los hombres, y a mí me tocó muchas veces luchar con las fuerzas naturales y vencerlas”. (Perón, 1951, pp. 23-24).

4.1.3 Aspectos continuistas en la realización política

El punto clave para muchos autores en lo que se refiere al devenir de la realización política peronista, y que es de crucial importancia para discernir el carácter continuista del régimen, reside en el viraje realizado en el 50, cuando la política de regalismo económica pasa factura y la conjunción de las masas se rompe. Es aquí donde muchos autores han observado un verdadero giro totalitario, que surgiría del propio régimen, ya que la oposición estaba controlada (Waldmann). El régimen se encaminaría de esta forma hacia la ‘dictadura perfecta’, como se ha venido denominando al México priísta de la mano de Enrique Krauze (2012).

En este contexto encontramos medidas concretas con un cariz eminentemente totalitario durante todo el mandato presidencial que se vienen acentuando, con diversas medidas como el control de la prensa, concentrando todos los medios de comunicación en su persona, excepto el diario *La Nación*, en consonancia con la ‘técnica de la inconsecuencia’ ya descrita, o el control del poder judicial, tras deslavar la Corte Suprema sometiendo a los magistrados al plebiscito del Parlamento.

También destacamos en este campo la reforma constitucional de 1949 que, pese a ser efectuada en el marco legal, sortea algunos obstáculos poco especificados en la Carta Magna, con el mero fin de perpetuarse en el poder. Si bien es cierto que esto no rompe su base de legitimidad popular, entendemos

que la erosiona. Deducimos aquí, una vez más, la continuidad de la esencia fascista.

Waldmann (1974) explica a este respecto que en los últimos años del régimen se acentúan las estrategias de control político, con una clara *peronización* del mismo, con estrategias como la depuración o el ajuste político, mediante una carrera de ascensos en el desempeño público basada en la lealtad a la pareja gobernante (pp. 87-95).

También es destacable una continuidad adaptada en la política exterior, siendo su Tercera Vía una mera muestra de oportunismo. De esta manera, continúa manteniendo vínculos con la España de Franco, a la vez que mantenía relaciones comerciales con Reino Unido, y juega con los americanos presentándose como barrera ante los soviéticos (Page, 1983, pp. 60-67).

Supo presentarse en todo momento como un anticomunista necesario, lo que luego ocurriría con el franquismo. “El apoyo otorgado a la España de Franco a partir del envío de alimentos, la portación por el peronismo de elementos discursivos *antiyankis* y antimarxistas, y un marcado antiliberalismo político pudieron ejercer una atracción positiva en actores de la derecha radical francesa y española” (Page, 1983, p. 63).

Concluimos este análisis afirmándonos en nuestra tesis, es decir, ciertos elementos que se plantean desde el poder como una ruptura histórica, y que así han sido percibidos por muchos académicos, serían una clara continuidad fascista.

4.2 La verdadera ruptura

Con el objetivo de ver hasta qué punto el peronismo significó realmente una ruptura histórica, como el propio régimen se encargaba grandilocuamente de afirmar, o como han dejado entrever la mayoría de los teóricos de las tesis de modernización o Ernesto Laclau (2005 y 2009) con su categoría social de ‘pueblo’, y ya analizados los aspectos teóricos y como estos se adaptan, procedemos a sintetizar los aspectos que de la propia adaptación al plano pragmático de la acción política, comportan abiertamente una ruptura con las experiencias sociopolíticas anteriores.

Se analiza cómo el concepto de conducción política lleva a una nueva forma de relación con las masas sociales, además de las prácticas democráticas del régimen. Reparamos también en la figura de Evita, a quien consideramos elemento puramente rupturista, ya que consigue que el régimen cale en la sociedad política de Argentina hasta la actualidad. Así, los aspectos rupturistas del fenómeno siempre se enmarcarán en el ámbito de lo social.

Convenimos en la necesidad de situar como base al régimen peronista dentro de algún marco funcional y estructural, objeto en el que se centra el enfoque modernizador, en torno a las crisis como una síntesis del régimen. Utilizaremos el esquema de crisis nacionales de los politólogos Gabriel Almond y Lucian Pye, al calor de la 'formación de estado' (Almond citado en Rokkan, 1969, p. 233), modelo que define una serie de crisis que el peronismo trata de resolver.

4.2.1 El liderazgo: conductor y conducidos

La integración de las masas a la vida pública será en efecto uno de los detalles donde el populismo difiera del fascismo. El movimiento peronista significará "la integración del pueblo al Estado, efectuada por la mediación simbólica del general Perón y también de su esposa Eva Perón con el fin de conquistar una auténtica autonomía nacional" (Bunuel, 1992, p. 128). La ruptura, el mito popular, empezará el 17 de octubre de 1945.

Entrará en juego una nueva concepción paternalista del liderazgo. "El papel de los seguidores, a través de sus creencias, motivaciones y evaluaciones es central en esta relación, lo que hace que el líder dependa más de lo que los seguidores piensen de él que de sus propias capacidades" (Freidenberg, 2007, p.80). Será pues, la relación del líder con sus seguidores lo que difiera. "Tres son los atributos que integran el concepto de liderazgo y que permiten diferenciar a distintos tipos de liderazgos entre sí: a) la presencia de un líder (sus características personales), b) los seguidores (la manera en que perciben ese liderazgo, sus expectativas, motivaciones, recursos Y demandas) Y c) la situación contextual en la que se da esa relación" (Freidenberg, 2007, p. 25-26).

El conductor tiene solo un cierto predominio, la facultad de dirigir, pero siempre estaba obligado a apoyar y a seguir a los conducidos, como bien han señalado

los estudiosos del populismo como fenómeno discursivo en torno a la categoría pueblo como Laclau (2005), campo donde se entiende que “en cierta forma, el emisor y el receptor es el mismo, ya que el primero se identifica con el pueblo organizado con acceso al aparato del Estado, representado en la figura del líder, y el segundo con las masas obreras o descamisadas.” (Dussel, 1995, p. 126), o en palabras más generales, “el papel de los seguidores, a través de sus creencias, motivaciones Y evaluaciones es central en esta relación, lo que hace que el líder dependa más de lo que los seguidores piensen de él que de sus propias capacidades”. (Freidenberg, 2007).

Los elementos centrales del tipo de liderazgo descrito caracterizado de populista son descritos por el propio Perón en su libro *Conducción Política*, donde destaca tres elementos clave para la realización política: el líder, los cuadros auxiliares y la masa. La conducción se funda en el dominio de una masa organizada, el pueblo nace gracias a la conducción que hace el líder sobre esa masa amorfa. (Freidenberg, 2007, p. 84). Queda perfectamente sistematizado en ‘de casa al trabajo y del trabajo a casa’, lema de la Secretaría de Trabajo y Provisión, su plataforma política.

Encajaría también en la categoría populista discursiva con la dicotomía que establece entre los ciudadanos, así, separa claramente a la ‘antipatria’, identificada con la oligarquía, clase política tradicional, en una tónica seguida por los populismos surgidos al calor de la crisis del 2008, estableciéndose una correlación clara con términos como ‘casta’ o ‘*establishment*’ (Freidenberg, 2007, p. 123). Perón afirmaba a este respecto:

“Para mí, ‘pueblo’ es todo habitante de la república que se comporta de acuerdo con las necesidades de la nación. La parte más importante es la que trabaja y produce, y la menos importante la que consume sin producir. (...) Cuando se dice pueblo, somos nosotros, y cuando se dice aristocracia, capitalismo y otras cuantas calificaciones, son ellos” (Perón citado en del Campo, 1983, p. 53).

Sobre la amalgama social que entraña el ya dicho concepto ‘pueblo’, así como los posibles intereses se han hecho varias consideraciones. Autores como Vilas (1988), consideran que no puede decirse que había una relación directa

entre los diversos sectores sino que eran coincidencias de intereses entre diversos grupos, que se vincularon a través del aparato estatal, apostillando que “nada impide, por ejemplo, que grupos católicos peronistas, atraídos al movimiento por su prédica antiliberal, se sientan más cercanos a grupos conservadores, ubicados en el antiperonismo por sus intereses económicos” (p. 56). Autores como Ramos (1972), han dicho también que conformaban una alianza no querida, lo que conferiría al régimen la calificación de ‘bonapartismo’ (p. 67).

Se ha visto en esta concepción tintes que se pasan de nacionalismo, confirmando nuestra tesis de que toda la concepción social surge del hilo ideológico anti-iluminista, sin ello suponer que el nuevo enfoque no sea abiertamente rupturista. En efecto, se ha venido señalando que “aquellos que no eran admitidos en el espacio comunitario lejos estaban de ser innominados: estigmatizados como ‘cabecitas negras’, ‘rotos’ o ‘cholos’, representaban ese exterior frente al cual el propio estatuto de una ‘ciudadanía decente’ podía definirse” (Aboy Carlés, 2006, p. 9).

Establecida la relación simbiótica entre el conductor y los conducidos, procedemos a desentrañar los aspectos carismáticos y personales que le llevan a establecer tal vínculo con la sociedad, más allá de la explicación mitificada católica y fanática de la primera dama, quien expuso elocuentemente que “la explicación es una sola: basta verlo a Perón para creer en él, en su sinceridad, en su lealtad y en su franqueza. Ellos lo vieron y creyeron” (Perón, 1951, p.40).

Nos valemos de un aspecto remarcado por Daniel James (1988), la identificación de los trabajadores con Perón por el carácter concreto y creíble de su discurso. Lejos de los discursos grandilocuentes y abstractos de las organizaciones sindicales y partidos obreros, Perón hablaba de lo concreto, rastreamos esto perfectamente en ‘Alpargatas sí, libros no’, slogan de los primeros años, que los trabajadores gritaban orgullosos a los universitarios e intelectuales, antiperonistas desde los primeros comienzos. De esta manera, concordamos con James (1988) con su observación de que los peronistas

“hablaban falsamente, pero a la gente; los comunistas decían la verdad, pero hablaban de cosas” (p. 39).

Otra modalidad para tal fin consistirá en la adaptación del lenguaje, haciéndose pasar por uno de ellos, mutando su variante culta para proceder a la completa identificación con el pueblo “utilizando muchas palabras del lunfardo, estrofas de Martín Fierro y la estructura sentimental y trágica del tango”, como se muestra en un discurso de la campaña del 46. “Finalmente, les podría decir, como Martín Fierro, que nunca olviden los consejos de un padre, que más que padre es un amigo. Sean unidos; no hagan pequeñas diferencias entre hermanos frente al enemigo común” (Sigal, 2010, p.43). También atestiguamos su capacidad de simplificación, siendo capaz de traducir situaciones muy complejas en alternativas simples y claras, cualidad que usará sin ningún pudor también para difamar, mentir y encandilar.

Consideramos, por tanto, que siguiendo la ‘pulsión totalizadora’ de la sociedad cerrada (Zanatta, 2014, p. 34), una de las grandes rupturas del régimen peronista es la nueva relación padre-hijo del líder y los conducidos, más allá de posibles intereses o utilización personal que guíen tal relación.

4.2.2 Nueva forma de entender la democracia

Otro de los factores que suponen una total ruptura será la plasmación de toda la ideología ya analizada en el plano de la realización política, donde encontramos un doble juego con la democracia. Recordemos en este sentido que es el propio peronismo, instalado ya en el poder desde el golpe de 1943, quien destruye la dictadura, convocando elecciones en 1946 (Waldmann, 1974, pp. 30-34). El momento disruptivo será simbolizado con el discurso de Perón y las masas de trabajadores venidos de los suburbios de la capital, reunidos en la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1945.

Como ya se ha señalado, la relación sutil con la democracia, plano muy explorado por el paradigma sociológico, fue desde las primeras investigaciones objeto de debates. Aciertan autores como Carlos de la Torre (2010), en su artículo *Populismo y democracia*, quien subraya que pese a las tendencias autoritarias y aun totalitarias, su legitimidad última reside las elecciones en el

marco de la democracia liberal, combinado con una amplia actividad en las calles. (pp. 2-3).

En este sentido nos parece oportuno distinguir una diferencia clave sobre la utilización de la calle en las democracias liberales representativas y los fenómenos populistas, ya que como indica Álvarez Junco (1994), los líderes populistas sacan a la gente a la calle como cualquier otro político pero lo hacen como hechos que democratizan la democracia, haciendo creer que estos actos suponen la irrupción del pueblo en la política (Álvarez Junco, 1994, p. 24), creando de esta manera expectativas en los seguidores respecto a que con esos actos están redimiendo sus derechos y sus posibilidades de inclusión (Freidenberg, 2007, p. 56).

Esta manera totalmente novedosa de entender la democracia en el marco liberal, ha sido denominada por algunos teóricos como prácticas ‘delegativas’ o ‘decisionismo democrático’ (Quiroga, 2005, pp. 14-20). En este sentido, y relacionándolo con el concepto democracia, resaltamos las conclusiones del estudioso sobre la democracia Héran Fair, quien caracteriza al peronismo como un régimen democrático en el cual existía “una democracia que sin dudas podría haber sido mejor en sus métodos y que claramente presenta un déficit liberal y republicano, pero que no por ello deberían desconocerse sus realizaciones democrática” (Fair, 2010, párr. 6).

Concluimos resaltando que el mérito del proyecto político peronista en relación a la democracia reside en su simplicidad más que en su organización y perfección, ya que con este modo de practicar la democracia “la complejidad institucional del Estado liberal de derecho, quedaba reducido a un único eje de relación, el dialogo entre el ejecutivo, por una parte, y los grupos sociales claves por la otra” (Waldmann, 1974, p. 123). Este estilo autoritario-plebiscitario será incorporado por él de una forma desconocida hasta entonces, siendo el primer caudillo en utilizar los resortes de la política moderna.

La gran dificultad para su comprensión en lo que a esto respecta estribaría por tanto en la puesta en juego de “objetivos democrático-reales (en oposición a las meras reivindicaciones liberales) movilizandando una fuerte dosis demagógica” (Taguieff, 2002, p. 130).

De esta manera, concluimos que el peronismo nunca termina de decidir entre lo nacional-popular y lo nacional-estatal. Es precisamente esta indefinición de base, no así de práctica como hemos analizado, lo que hará que para algunos el régimen entre dentro del espectro 'dictadura' mientras que para otros sea una sin duda una 'democracia'.

4.2.3 Los factores míticos del movimiento

Como ya se ha señalado en el apartado de la ideología católica vertebradora del régimen, podemos atribuir la causa última de la pervivencia del peronismo en el imaginario social hasta la actualidad por su carácter de religión secular, siempre relacionado con el aspecto social del mismo. Los factores clave en este proceso serán la figura de Evita, primera dama, y el 17 de octubre de 1945, donde comienza el mito social.

Evita constituye el verdadero pilar rupturista del movimiento, suponiendo la identificación completa con la clase trabajadora, con un lenguaje más militante y exaltado, "representa la toma de posición política frente a la encarnación del principio autoritario de Perón" (Sebreli, 1966, p. 38), quien siempre manifestó sus deseos de "ser un puente de amor entre Perón y mi pueblo" (Perón, 1951 p. 12). Comporta el elemento de clase, dentro de la clase política, ruptura clara con los movimientos fascistas, fuertemente elitistas.

Defendemos que es ella quien encarna el peronismo en un contexto mucho más amplio, apelando más a los sentimientos que a la razón, añadiendo así la fuerte impronta populista, elocuentemente caracterizado en su libro, escrito poco antes de su prematura muerte, *La Razón de mi Vida*, al que recurrimos mediante diversos fragmentos. "Sí, soy peronista, fanáticamente peronista. Demasiado no, demasiado sería si el peronismo no fuese como es, la causa de un hombre que por identificarse con la causa de todo un pueblo tiene un valor infinito. Y ante una cosa infinita no puede levantarse la palabra demasiado" (Perón, 1951, p. 54)

Se constata una simbiosis perfecta entre ambos siempre en el marco del imaginario católico, el padre y la madre, la inteligencia y la intuición:

“Nos quisimos porque queríamos la misma cosa. De distinta manera los dos habíamos deseado hacer lo mismo: él sabiendo bien lo que quería hacer, yo, por sólo presentirlo; él, con la inteligencia; yo, con el corazón; él, preparado para la lucha; yo, dispuesta a todo sin saber nada; él culto y yo sencilla; él, enorme, y yo, pequeña; él, maestro, y yo, alumna. Él, la figura y yo la sombra. ¡Él, seguro de sí mismo, y yo, únicamente segura de él! (Perón, 1951, pp. 49-50)

Aportará la solución a la ‘crisis de identidad’ por la que pasaba la nación argentina (Waldmann, 1974, pp. 5-15), transmitiendo mejor que el propio Perón el carácter nacional del régimen a los trabajadores:

“Leí la prensa de izquierda de nuestro país; pero no encontré en ella ni compañía, ni camino y menos quien me guiase. (...) En los detalles, y aún en el fondo de la prédica que sostenían, se veía fácilmente la influencia de ideas remotas, muy alejadas de todo lo argentino; sistemas y fórmulas ajenas de hombres extraños a nuestra tierra y a nuestros sentimientos. Se veía bien claro que lo que ellos deseaban para el pueblo argentino no vendría del mismo pueblo. Y esta comprobación me puso de inmediato en guardia (...) yo sólo podía concebir soluciones caseras, resolviendo problemas a la vista, soluciones simples y no complicadas teorías económicas; en fin, soluciones patrióticas, nacionales como el propio pueblo que debían redimir (Perón, 1951, pp.24-25)

También consideramos destacable su ferviente crítica a la injusticia social, que creemos de verdad sincera, aunque tal vez exagerada, a la luz de los sucesos familiares de su infancia, cuando la mujer legítima de su padre veta la entrada al funeral de su padre a Eva, su madre y sus hermanos, hecho que perdurará hasta el final en su memoria (Page, 1983, pp.56-61). Ella lo define de la siguiente manera:

“He hallado en mi corazón, un sentimiento fundamental que domina desde allí, en forma total, mi espíritu y mi vida: ese sentimiento es mi indignación frente a la injusticia. Desde que yo me acuerdo cada injusticia me hace doler el alma como si me clavase algo en ella (...) así como algunas personas tienen una especial disposición del espíritu para sentir la belleza como no la sienten todos,

más intensamente que los demás, y son por eso poetas o pintores o músicos, yo tengo, y ha nacido conmigo, una particular disposición del espíritu que me hace sentir la injusticia de manera especial, con una rara y dolorosa intensidad” (Perón, 1951, pp.17-18).

El otro factor mítico, relacionado con la figura de Evita, son los hechos acaecidos el 17 octubre, profundamente debatidos a través de la enorme literatura existente sobre los orígenes del peronismo. Las primeras interpretaciones desde el campo sociológico que superan la visión de la nueva *marcha sobre Roma* serían las de Gino Germani, Rodolfo Puiggrós y Hugo Gambini como una ruptura entre, la vieja clase obrera, compuesta de emigrantes europeos que llegaron al país durante la década de los 20 y los 30, y que se mantuvieron fieles a sus respectivas organizaciones e ideologías tradicionales; y, por otro, la nueva clase obrera, compuesta sobre todo por emigrantes del interior del país con quienes el coronel Perón consiguió conectar. (James, 1987, p. 45-47).

Se demuestra por tanto que no fueron tanto una manifestación desorganizada y espontánea de los ‘nuevos’ trabajadores emigrados del interior, sino que la acción del sindicalismo organizado que apoyaba a Perón fue un factor fundamental en el éxito de lo que se convertiría en la primera manifestación nacional del movimiento obrero (James, 1987, pp. 48).

De esta manera, el peronismo sería la consecuencia de una clase obrera con conciencia de clase, no una simple manifestación de poder. La consideración de copia al régimen de Mussolini por lo tanto no se mantendría, de hecho, observamos como las celebraciones posteriores del 17 de octubre se enmarcará en una línea de reivindicaciones obreras, “robando” al movimiento obrero tradicional el Primero de mayo (Plotkin, 1993, párr. 8).

Evita ayudaría a su pervivencia en la memoria colectiva mediante una narración, como podemos observar en este fragmento, providencial y doliente:

“Fui así, de puerta en puerta. En ese penoso e incesante caminar sentía arder en mi corazón la llama de su incendio, que quemaba mi absoluta pequeñez. Nunca me sentí — lo digo de verdad — tan pequeña, tan poca cosa como en

aquellos ocho días memorables. Anduve por todos los barrios de la gran ciudad. Desde entonces conozco todo el muestrario de corazones que laten bajo el cielo de mi Patria. A medida que iba descendiendo desde los barrios orgullosos y ricos a los pobres y humildes las puertas se iban abriendo generosamente, con más cordialidad (Perón, 1951, pp. 33-34).

Así, desde este momento, vemos nacer la relación eterna entre Evita y sus trabajadores:

“Yo — lo confieso honradamente — busqué con afán en todas sus cartas, una palabra que me dijese su amor. En cambio casi no hablaba sino de sus “trabajadores”, a quienes por aquellos días la oligarquía, suelta por las calles, empezó a llamar “descamisados”. Su rara insistencia me iluminó: ¡aquel “encargarme de sus trabajadores” era su palabra de amor, su más sentida palabra de amor! (...) esa era sin duda la prueba absoluta de su amor. Pero una prueba que exigía respuesta; y yo se la di”. (Perón, 1951, p. 36).

Mediante los fragmentos expuestos hemos ratificado la importancia de la primera dama en la realización política del peronismo clásico, lo cual supone una clara ruptura con la herencia fascista, al introducir el elemento tanto femenino como de clase en la esfera de poder, rompiendo con el elitismo y machismo propios del imaginario fascista europeo. Hemos diferenciado también las dos manifestaciones de masas esenciales entre el fascismo clásico y el peronismo, observando divergencias de base, tanto en la organización como en la composición. Confirmamos así dos factores que, aunque partan de una continuidad, devienen en auténtica ruptura en el devenir histórico argentino.

5. CONCLUSIONES

A raíz del análisis de los rasgos que definen el fenómeno sociopolítico conocido como peronismo clásico, concluimos que las etiquetas dadas, englobadas en los campos interpretativos de fascismo y populismo, son inútiles por sí mismas, pecando de limitantes, indefinitorias, abstractas, simplistas y cargadas de un componente altamente subjetivo.

Constatamos que las causas que no permiten una fácil interpretación del fenómeno peronista, residen en la continua mezcla y retroalimentación de elementos continuistas y rupturistas, proceso aún más acrecentado por la constante habilidad de Perón para adaptarse a múltiples situaciones y su hábil malabarismo entre pragmatismo e idealismo, así como su combinación con el 'factor' Evita, que incorpora definitivamente al fenómeno de tintes novedosos, estableciendo la simbiosis con las clases populares, desarrollando la religión secular.

El eje interpretativo fascista o puramente continuista falla al ver los componentes novedosos del régimen, especialmente su factor de integración social a la vida política, además de caer en indefiniciones teóricas intrínsecas del término fascismo. De este modo, fijándose solamente en aspectos superficiales, no repara en el distinto contexto histórico respecto a los fascismos europeos, o en a la sutil relación con la democracia liberal, que implica el rechazo manifiesto al uso de la violencia.

El paradigma populista por su parte, con sus aspectos generalmente teóricos no alcanza a ver el régimen en un espacio y tiempo concretos, perdiéndose en divagaciones teóricas, privándonos de su continuidad histórica al abstraerlo y aislarlo.

Afirmamos, por tanto, que la clave de su clasificación reside en la transformación de elementos continuistas, que perfectamente adaptados, en otro contexto histórico y geográfico, se terminan volviendo rupturas. Así, convenimos en situar al peronismo en una historia general del populismo, como el primer ejemplo de populismo moderno, que bebe irremediabilmente del fascismo más que los populismos más recientes, de ahí su diferenciación equidistante.

De esta forma, abogamos por continuar su estudio en el marco del tercer eje de interpretación, el más idóneo para brindar una comprensión general y global del fenómeno y su alcance, al enmarcarlo en un marco histórico global, fuera de regionalismos hispanoamericanos, y viendo conexiones europeas. Así pues, caracterizamos al fenómeno peronista dentro de lo que Zanatta (2014) denomina naturaleza o esencia cultural del peronismo, compartida por los fenómenos fascistas.

Destacamos así su intrínseca pulsión totalitaria la preeminencia nacionalista y el antiimperialismo, la aversión contra el pluralismo, el rol del Estado y del partido en la organización de las masas, la incompatibilidad con los principios republicanos, un impulso expansionista y los fuertes rasgos de religión política (Zanatta, 2014, p. 209-211), dentro del devenir nacionalista que caracteriza a todo este hilo de pensamiento, en donde la expulsión del campo política sucede porque el 'enemigo' no pertenece a la nación, "este antagonismo señalaba su resolución violenta y mesiánica. El interlocutor debía desaparecer" (Finchelstein, 2008, p. 61). En este aspecto, coincidimos con la apreciación de Halperín Donghi, quien dictamina que Argentina estaba preparada para el fascismo, pero el mundo ya lo denostaba. (Donghi, 1995, p. 12).

De entre los teóricos clásicos recogidos, reivindicamos la figura del sociólogo Gino Germani, que marcó la tendencia interpretativa más precisa desde el surgimiento del fenómeno, siendo el primer teórico en ver al mismo tiempo su parecido con la experiencia italiana y su nueva base social, que lo distinguían por tanto sustancialmente.

Convenimos también, ya expuestas las limitaciones inherentes a la categoría de análisis social populismo, la necesidad de un enfoque histórico, como ya se ha dicho, quizás como una relación específica líder-masa, o como un discurso arquetípico que se rastrea a lo largo de la historia. De este modo, paradójicamente, y para añadir más complejidad a las etiquetas clásicas, el propio fascismo podría ser un tipo específico de populismo en el que se desata la violencia.

También constatamos de manera indirecta, habiendo estudiado sus circunstancias de aparición y desarrollo, que los posteriores líderes y gobiernos argentinos que se vienen reivindicando con la etiqueta peronistas, no formarían parte de la categoría histórica de lo que fue el fenómeno peronista, al tenerse que readaptar a numerosos contextos temporales, como la convulsa década del 70, las corrientes neoliberales del 90 o el actual 'kirchnerismo'. De igual manera que el fascismo se convirtió en peronismo, el peronismo se convirtió pues en otra cosa.

En suma, consideramos demostrada la necesidad de estudiar al peronismo como primer populismo moderno, constituyendo inevitablemente un referente historiográfico imprescindible cuando se quieran analizar y comparar movimientos populistas de la actualidad en el contexto global. Ahí residiría en última instancia, su interés académico.

6. BIBLIOGRAFÍA

Aguinis, M. (2001). *El atroz encanto de ser argentinos*. Buenos Aires: Planeta.

Benedini, G. F. (2007). *El peronismo*. Roma: Riuniti.

Buchrucker, C. (1987). *Nacionalismo y peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana.

Burdman, J. (2009). Heterogeneidad, irrupción radical y mito en la génesis de las interpelaciones populistas durante la conformación del peronismo”, Agosto 2009, pp. 615-634. *SAAP, Volumen 3, nº 3*, 615-634.

Comaroff, J. (2013). *Teorías desde el sur*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Costa, J. (1901). *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: Urgencia y modo de cambiarla*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Fortanet.

Cucchetti, H. (2012). Lecturas e interpretaciones sobre el origen del peronismo. *Stud. Hist.* , 151-171.

de Ípola, E. (1991). Peronismo y populismo. Una nueva propuesta de interpretación. *Working Paper nº 35* .

Del Campo, H. (1983). *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*. . Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Donghi, H. (1995). *Argentina en el callejón*. Buenos Aires: Ariel.

Donghi, H. (1956). Del fascismo al peronismo. *Contorno* .

Dussel, I. (1995). De cuando la clase obrera entró en el paraíso: La educación técnica estatal en el primer peronismo. En A. Puiggros, *Discursos pedagógicos e imaginario social en el peronismo (1945-1955)*. Buenos Aires: Galerna.

Fair, H. (2010). El debate sobre el peronismo y la democracia. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas* .

Finchelstein, F. (2018). *Del fascismo al populismo en la historia*. Taurus.

- Finchelstein, F. (2008). *La Argentina Fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Freidenberg, F. (2007). *La tentación populista, una vía al poder en América Latina*. Madrid: Síntesis.
- Germani, G. (1962). *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós.
- Hobsbawm, E. (1994). *The age of extremes: The short twentieth century, 1914-1991*. Londres: Penguin Group.
- Ianni, O. (1975). *La formación del Estado populista en América Latina*. Ciudad de México: Serie Popular Era.
- James, D. (1987). 17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina. *Desarrollo Económico*, Vol. 27, Nº 107 .
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2013). *La razón populista. Buenos Aires*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Mudde, C. y. (2017). *Populism: A Very Short Introduction*. Londres: Oxford.
- Page, J. (1983). *Perón: Una biografía*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Paxton, R. (2004). *Anatomía del fascismo*. Barcelona: Península.
- Perón, E. (1951). *La razón de mi vida*. Buenos Aires: Peuser.
- Perón, J. D. (1952) *Conducción Política*. Buenos Aires: Escuela Superior de Conducción Política.
- Plotkin, M. (1993). Rituales políticos, imágenes y carisma: La celebración del 17 de octubre y el imaginario peronista 1945-1950. *Anuario IEHS* , Buenos Aires.
- Popper, K. (1945). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Londres: Routledge.

Quiroga, H. (2005). *La Argentina en emergencia permanente*. Buenos Aires: Edhasa.

Reano, A. (2014). Populismo (en) democracia, nº 82. *Colombia Internacional* , 99-128.

Sebreli, J. J. (1966). *Eva Perón: Aventurera o militante*. Buenos Aires: Ediciones Siglo XX.

Sigal, S. V. (2010). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.

Taguieff, P. A. (2002). *L'illusion populiste : de l'archaïque au médiatique*. París: Berg International.

Waldmann, P. (1974). *El peronismo: 1943-1955*. Buenos Aires: Cátedra.

Zanatta, L. (2014). *Populismo*. Buenos Aires: Katz editores.